

EFFECTOS DEL BUEN TEATRO

El efecto del buen teatro sobre los espectadores da por resultado el silencio que se guarda mientras los actores desempeñan su trabajo y al finalizar ponerse de pie para aplaudir y demostrar su admiración y su agradecimiento. El efecto del buen teatro sobre las actrices y los actores son las ovaciones recibidas y la satisfacción del deber cumplido. El efecto del buen teatro sobre los cronistas es una sensación extraña porque muy de tarde en tarde se experimenta. *El efecto de los rayos gamma sobre las caléndulas* es buen teatro con todos sus efectos sobre espectadores, integrantes y autoridades que facilitan sus locales. Después de ver espectáculos como éste es cuando no se puede admitir las razones que se dan respecto de que en México faltan elementos humanos para alcanzar los límites de la perfección, y que no son necesarias las grandes producciones con fastuosos decorados, ni comedietas insulsas y pretendidamente picarescas, ni melodramas trasnochados, ni trucos de actores viejos sobre el escenario, ni retorcimientos cerebrales para encontrar lo que se sabe que se busca, ni inútiles demostraciones eróticas, ni caros repartos. El buen teatro se hace sólo con una cosa que muy pocos tienen: talento.

En *El efecto de los rayos gamma sobre las caléndulas* hay talento en todas y cada una de las mujeres que intervienen en una y otra forma, y hay talento también, y muy grande, en Paul Zindel, su autor. Luego entonces, se logra así la armonía, el equilibrio, el justo medio, y el teatro vuelve por sus perdidos fueros a demostrar su vigencia y su importancia. Cuando se asiste a una función como esta que vimos en el Teatro Granero es cuando se vuelve a creer en el teatro como un elemento vivo y se confirma que mientras haya talentos dedicados a él, no podrá morir nunca. El personaje central de esta pieza, Beatrice, existe en todas partes del mundo, porque el egoísmo es un mal universal. Beatrice personifica la mediocridad, el entreguismo a lo convencional, la amargura gratuita, el querer ser alguien y no poder ser nadie. El amor materno, existente sin duda, se ve relegado a un segundo término ante el egoísmo, y así surge la madre

posesiva que no puede dejar que sus hijos sean más que ella, que levanta un muro invisible, pero infranqueable de incomprensión y subconscientemente desea que sus hijos sean lo que ella es, porque no admite, en su ceguera, en su pequeño mundo coloquial, que existan oportunidades para otros, ni siquiera para sus propios hijos, y que ella no pudo tener jamás no por falta de ellas, sino porque su cerebro no podía aprovecharlas. El refugio en la vida doméstica, pequeña, tonta, sin importancia, el refugio entre las cuatro paredes de un departamento para que los demás no se enteren de su mediocridad, llega en un momento dado a sacrificar la dicha de los hijos. Beatrice ya ha destruido a su hija mayor, Ruth, cuya epilepsia no es más que un síntoma de que está poseída por el demonio de la angustia y de la incomprensión, y Beatrice tiende ahora sus redes para destruir a su hija menor, Tillie, quien tiene por delante una carrera brillante, porque algún perdido gene de sus antepasados le otorgó lo desconocido durante generaciones en esa familia, es decir, la inteligencia. Beatrice no puede entenderlo y lucha porque Tillie sea como ella, y como lo fue su madre, y su abuela, y que se aferre a la mediocridad de una vida oscura, para terminar como la Nanny, esa anciana que ha vuelto a la infancia triste y cuya hija se deshace de ella pagando por que la cuiden manos extrañas que no sienten por ella ningún cariño, sino el más despiadado desprecio. Beatrice fue Ruth cuando joven y será Nanny cuando envejezca: es el ciclo de una vida inútil y torpe; pero no Tillie, que busca escapar de esa realidad mezquina para encontrar una realidad vital y luminosa. Su compañera de colegio, la eficiente Janice, está situada entre estas dos realidades, pero su pedantería, que no demuestra más que falta de solidez en su pretendido talento académico, la llevará con los años a convertirse en algo peor que Beatrice, porque la amargura será aún mayor. Paul Zindel nos muestra hábilmente la decadencia de las generaciones, hasta llegar al grito final, que no es de rebeldía como en el *Calígula*, de Camus, sino de impotencia: “¡Odio a todo el mundo!”, que no es más que un disfraz obvio de un autoodio que puede llevar al suicidio o bien al asesinato mental de sus hijos. Paul Zindel es un excelente dramaturgo, del que deseamos conocer otras obras.

A esta hermosa pieza debe añadirse la actuación soberbia de

Carmen Montejo, hoy por hoy la mejor actriz con que cuenta México y a la que no sabe uno dónde admirar más, si en esta Beatrice o en el terrible personaje de *¿Quién teme a Virginia Woolf?* En ambos la Montejo está inconmensurable, y si con la segunda obra mencionada demostró que es muy superior al gigantesco mito de Elizabeth Taylor, seguramente cuando Hollywood realice la versión cinematográfica de *Los rayos gamma*, demostrará de nuevo que está por encima de los llamados “monstruos sagrados” que, por fortuna, van desapareciendo paulatinamente del mundo artístico para dejar sólo una clasificación más sencilla: la de buenas o malas actrices. A su lado brillan, como dignas discípulas y herederas de su talento, Angelina Peláez, quien si a veces, en breves momentos, parece sobreactuada, culpa es de la dirección, pero que en el segundo acto vuelve a ser la magnífica actriz de *Yo también hablo de la rosa*. Dunia Saldívar encuentra, por fin, otro papel a la altura de sus facultades como el de *Los motivos del lobo* y muestra bien a las clases que es una excelente dama joven muy superior a casi todas las que aparentemente han triunfado ya en el cine y en la televisión. Luisa Huertas, en su breve intervención, arranca entusiastas aplausos y, junto con la Peláez y con Dunia, nos hace ver que una nueva generación de actrices llega al teatro mexicano y que son bien llegadas. Conchita Martínez, en la anciana, revela su amor por el teatro y culmina dignamente una larga carrera en los escenarios.

La dirección de Nancy Cárdenas se ocupó más de lo que se conoce por “dirección de actores”, que de movimiento escénico, y si en lo primero triunfó plenamente, en lo segundo se le podría señalar el abuso de ciertas áreas que en un teatro circular, como es el Granero, resultan por demás peligrosas, puesto que la mitad del público se queda sin ver el rostro de los personajes. Pero su labor interna es patente en las cinco actuaciones de las actrices, mostrando con esto su talento y sus conocimientos teatrales. Muchas gracias a Paul Zindel, a Nancy Cárdenas, a Carmen Montejo, a Angelina Peláez, a Dunia Saldívar, a Luisa Huertas y a Conchita Martínez por este buen teatro que, como los rayos gamma sobre las caléndulas, nos ha hecho el efecto de despertar nuestro adormilado entusiasmo.

27 de septiembre de 1970